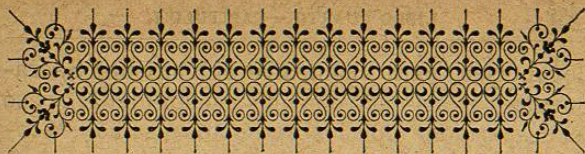


levantasen, para acompañar el Santísimo Sacramento ¹. A las cuatro menos cuarto (día 11) pasó el despertador por los aposentos á saludar á todos con la luz del nuevo día, como de costumbre, y de camino participóles la administración del Santo Viático. A la noticia, unos rompieron en ayes de dolor, otros derramaban suspiros y lágrimas, otros dieron muestras de sentimiento, y atribuían á castigo de Dios la pérdida de aquel ángel, en otros el decaimiento y tristeza pregonaba con lengua muda cuánta afición y amor le habían cobrado. Mucha prisa se dió el P. Alápide por volar á la enfermería. Acercóse, y le preguntó, si tenía algo que le causase congoja. *Nada, Padre, absolutamente nada*, respondió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios ². No menos solícito había andado Luis Espínola por hablarle. Vióle entrar el enfermo y le saludó con alborozo: *Buenos días, Hermano Luis, buenos días, vámonos al cielo (salve, mi frater, imus ad coelum)*. El pobre Hermano con tan inesperado saludo se quedó cortado, y como si se le hubiera puesto un nudo en la garganta, sin saber qué decir salió regando el suelo con lágrimas la escalera abajo hasta la sacristía, donde estaban ya reuniéndose los demás para la procesión del Viático ³.

1 Proc. rom., pág. 379.

2 Proc. rom., pág. 484.

3 Proc. rom., pág. 386.



CAPÍTULO II.

VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN.

- I. Recibe los últimos Sacramentos.—Declara su inculpable inocencia.—Los abrazos.—Visita del P. General.
 II. Un voto condicional.—Toma las armas.—Predice su muerte.
 III. Concurso de visitas.—Encargos y avisos.—Anuncio de su hora postrera.

I

MIENTRAS iba subiendo la Comunidad, los enfermeros le vistieron la sotana, extendieron en el suelo el colchón, le bajaron en brazos con tiento y le computaron en este humilde lecho. Antes de llegar el Santísimo Sacramento estaba la estancia llena de otros Padres y Hermanos que se habían dado más prisa. Oíanle exclamar: *Ne me deseras, ne me fallas, Maria, filius enim tuus sum, tu scis quia juravi*¹. Estaba el enfermo echado sobre el colchón, profundamente recogido, juntas las manos y sin movimiento, cuando entró la procesión del Viático en punto de las cuatro. Mas así que se le acercó el P. Rector con el sagrado copón, á pesar de tener consumidas las fuerzas del cuerpo y estar sin poderse valer, con gran ligereza se levantó, se

1 Proc. rom., pág. 386.

sentó, se arrodilló, y á no tenerle en esta postura dos Hermanos hubiera sucumbido al peso de su extrema flaqueza ¹. No les causó mucho asombro á los presentes que el exceso de su fervor le diera alas para tanto; pero lo que llenó á todos de incomparable admiración fué que estando así arrodillado, después del *Confiteor* y teniendo los ojos hincados en la sagrada Hostia, las manos juntas, con grande afecto y fortaleza rompió en esta ferviente protesta: *Creo y confieso que en esta hostia consagrada está presente el verdadero Hijo de Dios Padre Todopoderoso y de la Bienaventurada siempre Virgen María. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de mi santa Madre la Iglesia católica apostólica romana. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de la Bienaventurada Virgen María. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de la Compañía de Jesús.*

No podían reprimir los circunstantes las crecientes de ternura y devoción. Tenían todos anegados los ojos en lágrimas, que sosegadamente les bañaban el rostro, persuadidos que esta vez iba á ser el Pan de ángeles viático para la eternidad; por manera que á las palabras de la comunión, no pudiendo ya comprimir la fuerza del sentimiento, alzóse de todos lados un clamor de sollozos, lamentos y alaridos con tanta vehemencia y quebranto, que para formar cabal concepto, dice el P. Ceparí, era menester haber estado allí presente.

Acabado de comulgar, inclinó la cabeza sobre el pecho, absorto todo en hablas amorosas con el divino huésped, como quien comenzaba á saborear

¹ Proc. rom., páginas 380-516.

parte de las dulzuras inefables que le esperaban ¹. A cabo de gran rato subiéronle á la cama para darle la Santa Unción. Preguntóle el P. Rector en presencia del P. Asistente de Alemania cuándo quería recibirla: *Ahora mismo*, contestó el Santo. La Comunidad, que había desocupado el aposento se agolpó de nuevo al saber que le oleaban. Aquí fué el renovarse los llantos y gemidos, que con la congoja llegaban á cubrir la voz del ministro, el cual tampoco podía resistir á las avenidas de ternura que le anudaban la garganta. Lo que más realce daba á la devota ceremonia era que cuando embargadas del dolor las lenguas enmudecían, sólo la de Berchmans con grandísima serenidad, sobreponiéndose á los sollozos, respondía firme y claramente á las oraciones del preste.

Concluidas las unciones, hizo el enfermo señal al P. Ceparí que se acercase, y estando así le dijo al oído: *Padre, si V. R. lo tiene por bien, puede participar en mi nombre á los Padres y Hermanos que el mayor consuelo que experimento en este trance es el no haber quebrantado á sabiendas una sola regla, ni aviso alguno de los superiores. En lo tocante á la vida pasada (no haciendo ahora mención de la del siglo, que sólo Dios lo sabe) no recuerdo haber cometido en la religión pecado ninguno venial deliberado y con toda voluntad. Mas en esto, como digo, me remito al parecer de V. R.* ². Así lo escribe el P. Grassi. Pero el P. Gaudt, testigo igualmente presencial, añadió, que tocante á la vida del siglo tampoco se le acordaba que hubiese cometido pecado venial deliberado ³.

¹ Proc. rom., pág. 516.

² Proc. rom., pág. 565.

³ Proc. rom., pag. 498.

No queremos sentenciar en cosa incierta, ni hacer fuerza á las palabras del P. Gaudt; pero no podemos llevar con buen ánimo que el santo enfermo publicase con palabras tan expresas la inocencia de toda su vida. No puede quedar linaje de duda, si estamos al testimonio del P. Massucci y también del P. Cepari, arriba relatados ¹, que se vió libre en toda su vida de pecado venial deliberado, y que no hallaba en todo el decurso de ella materia de pesar y confusión; mas parécenos que á la modestia de este santo, tan acostumbrado á tener la rienda á sus afectos, convenia y cuadraba mucho hacer pública su inocencia religiosa, y venia muy á cuento, y dejar á la sombra de la humildad su inocencia secular, cuya noticia era de tanta menor importancia cuanto que la tenia declarada á sus confesores conforme era menester. Sea, pues, que el P. Gaudt no acabase de expresar bien lo que oyó, sea que confundiese y mezclase los conceptos, tenemos por más acertado el testimonio del P. Grassi.

Comoquiera que ello fuese, con cuánto pasmo recibieron los presentes esta memorable confesión, bien se deja entender, como que echaba el sello al amor profesado á la observancia regular, en que reconocían los de Roma cuán perfecto y cabal se había mostrado. Lo que más consternó los ánimos en esta declaración fué, que por ella se dieron todos á entender trataba de despedirse para la eternidad, pues con inspiración del cielo tan de propósito había hablado de sí.

Quisiera recibir en sus brazos á todos, por dar á todos contento; parecióle al P. Rector empresa sobre sus flacas fuerzas, y prefirió abrazarle él en

¹ Lib. III, cap. v, 1, II.

representación de la Comunidad, según antes había Juan suplicado. Mas ¿cómo sosegar el desconsuelo de los que, en ademán de estrecharle, alargaban los brazos? Fué preciso conceder ese alivio siquiera á los pocos que le rodeaban. Llegáronse unos tras otros, arrasados los ojos en dulces lágrimas, á recoger de sus labios trémulos palabras edificativas y á encomendarle mil cosas para la patria. Quiso el P. Grassi ser el último para recrearse en sus brazos más á su sabor. Dióle el Santo las gracias por los desvelos en la enseñanza. Hechos sus ojos dos fuentes, se le puso de rodillas el Padre y le pidió mil perdones, por no haberle tenido la caridad que debía y por haberse aprovechado tan mal de su trato y conversación. No pudo el Santo sufrir ver arrodillado ante sí á un sacerdote, y dándole por pretexto la gran debilidad en el hablar, le rogó se levantase ¹, si no quería causarle pesadumbre.

Durante la escena de los abrazos, el P. Cepari se salió á decir Misa, y dejó en su lugar al Padre Piccolomini. Viéndose á solas con él, ²dijole el enfermo: *El P. Rector anda batallando por mí con Dios cual otro Jacob*. Otras dos veces repitió la misma queja, añadiendo: *El P. Rector me hace la guerra, pero no saldrá con la suya: temo no se oponga á la voluntad de Dios*. Así era la verdad. El P. Cepari, en la Misa y entre día, había hecho repetidas instancias al Señor pidiéndole la salud de su súbdito, y para que á la oración acompañase la diligencia humana, había mandado llamar un segundo médico, el Dr. Angel Bagnarea, que ya había visitado al enfermo, y vista su resignación, y edificado de su paciencia, sin poder

¹ Proc. rom., páginas 477 y 585.

ser dueño de sí, había salido llorando y repitiendo: *Es otro Luis Gonzaga: hemos de hacer un supremo esfuerzo por sacarle de esta. Dicha envidiable la de estos jóvenes, RR. PP., esperar la muerte á pie quedo con tanta alegría. ¡Qué contados son los que tal fortuna conocen!*¹ Muy gran verdad expresaba el médico, pues por sí mismo había experimentado que el santo mozo obedecía á sus recetas cual si fueran firmas de Dios, y los de casa veían que las tomaba con tanto agrado como si de ellas dependiera su salud; y en esto acababan de persuadirse que la mortificación de sus gustos venía á ser ya en él como segunda naturaleza.

Muchos eran los deseosos de presenciar los esfuerzos de su paciencia, porque no se le oía queja ninguna ni asomo de desabrimiento, aun en la fatiga de la respiración parecía sentir regalo, como si no fuese² capaz de alteración ni mudanza. Entraban, pues, so pretexto de prestarle algún servicio, y la causa principal era por gozar de la suavidad de sus palabras y edificarse con la eficacia de sus sentimientos. Tenía colgados de su vista los ojos y corazones de todos. Confundíase el Santo de tanta bondad, y al entender le trataban con aquel miramiento: *No me tengan compasión*, exclamaba lleno de humildad y sonrojo³.

Hacia la una de la tarde quiso verle el Muy Reverendo P. General, como el Santo había deseado. *¿Así nuestro Hermano se nos quiere ir al cielo sin avisar?*, le dijo el Padre. *Muy Rdo. Padre*, respondió el enfermo confuso y sonriendo, *hartos deseos tuve de ver á V. P. y de recibir su*

1 Proc. rom., pág. 498. Ceparí: *Vita*, parte III, § IV.

2 Proc. rom., pág. 581.

3 Proc. rom., páginas 381 y 433.

*bendición por última vez. Agradezco infinito la mucha solicitud que su Paternidad ha tenido por mí; pídele mil veces perdón de haber sido tan ingrato á sus bondades*¹. Su Paternidad, enternecido, le aseguró que no había mucho que perdonar; y tomando agua de la pilita, le hizo la señal de la cruz en la frente, y por no poder contener las lágrimas, salióse afuera á verterlas más des-pacio².

II

DE allí á poco vino el P. Van Doorne, su compatricio, con unas piedrecitas recogidas en el paraje donde se veneraba la milagrosa efigie de Nuestra Señora de Foye, en Bélgica. Propuso al enfermo que hiciera voto de visitar aquel santuario si salía de la enfermedad, y le refirió para alentarle el ejemplo de una persona que por virtud de aquellas guijuelas había escapado de las garras de la muerte. Oía Juan impasible el devoto discurso, como quien tenía más seguras prendas de su próxima partida para el cielo; y así se quedó el deseo del Padre en términos de proposición, hasta que el día siguiente, cual si hubiera madurado y dormido sobre el caso, preguntó al P. Gaudt que dónde tenía las piedrecitas de la Virgen de Foye: *Porque he pensado*, dice, *hacer el voto, pero condicional, de ir á esa romería si vuelvo á la provincia de Flandes*. Dióle las pie-

1 Proc. rom., pág. 567.

2 Proc. rom., páginas 499 y 567.

drezuelas el P. Van Doorne, y él, santiguándose, dijo: *En nombre de la Santísima Trinidad, y á honra de la Virgen Maria, prometo visitar el santuario de Nuestra Señora de Foye...* Aquí paróse un rato, y el Padre le sugirió esta palabra: *si vuelvo sano y salvo á mi patria.—No esta ahí el punto de la dificultad, repuso con viveza el enfermo: no á mi patria, no, sino si vuelvo con salud á Flandes*¹. Pronunciado el voto, soltó de pronto las guijas, como si le fueran carga pesada, y levantando los ojos al cielo, exclamó: *Hágase la voluntad del Señor*².

Poco antes de hacer la promesa vió el Padre Gaudt desvelado y sin gana de dormir, y le dijo si oiría con gusto la historia de la pasión de Jesucristo, ó si no la vida del Beato Luis. A esto segundo se inclinó su deseo. Cuando llegó el lector al punto en que se cuenta que á San Luis jamás se le advirtió un mínimo movimiento de impaciencia ni en el rostro ni en las palabras, mandó Juan hacer pausa, y vuelto al Cristo dijo suspirando: *Señor, si en eso os he ofendido, que no me acuerdo, tened misericordia de mi*³.

¿Cómo estoy, Hermano?, preguntó al enfermero que le pulsaba. *¡Ay de mi!* respondió éste, *nos vamos á más andar, Hermano Juan*. Al oír esto, como si viese llegada la hora de entrar en campo y dar la última batalla, quiso tomar las armas y disponerse á la pelea. Pidió el santo crucifijo, asióle con una mano, en tanto que con la otra sacaba el rosario que le ceñía el cuello; quiso después que le diesen el librito de las reglas, y no hallando en él las de los estudiantes pidió otro que las tuviese.

1 Proc. rom., pág. 500.

2 Proc. rom., pág. 509.

3 Proc. rom., pág. 569.

Juntó entonces el crucifijo con el librito y enroscando con ellos el rosario, los apretaba afectuosamente contra su pecho, inundado de gozo, y decía con regalada voz: *Estas son mis tres prendas queridas; con ellas muero gustoso. Haec sunt tria mihi carissima, et cum iis libenter moriar*. Con gran ternura las besaba y abrazaba, y tornábalas á besar con mil regalos y dulzuras y requiebrándose entrañablemente con estas divinas joyas, como si mirase en ellas el áncora, la vela y la barquilla para arribar seguro al puerto de la bienaventuranza.

Detengamos por un instante el hilo de la narración, y pongamos los ojos en esta actitud que toma aquí el santo mancebo. Ha conocido ciertamente próxima la hora de salir de este mundo. La paz y el gozo espiritual crecen al paso que la muerte se le acerca. Esta noche es para él decisiva: debe ostentar la gallardía de corazón que siempre ha tenido. Quiere armarse á fuer de caballero de Cristo y cifrarnos el carácter de su santidad. Asidos tiene y apretados entre sus manos los tres sagrados joyeles; con ellos se enciende en nuevo y más vivo amor, llámalos sus cariños, sus amores; con ellos quiere morir, levántalos en alto y enarbola en ellos el estantarte de sus propósitos; al mostrar estas insignias á la vista de todos, convida para que entiendan cuán perfectamente ha cumplido lo que ellas figuran y demandan. Quiso Dios inspirarle este pensamiento para que constase claramente que á todo se había esforzado, á todo había arrostrado, á todo había dado remate, comenzando, demediando y acabando gloriosamente su religiosa carrera. La cruz, el rosario, las reglas; no tenía Berchmans una parte cualquiera de la perfección que estos tres símbolos represen-

tan; toda la embebida y figurada como en un todo en el dulce abrazo de estas tres esclarecidas señales, toda la había alcanzado, según la medida que á su edad y oficio convenía. Puede enhorabuena morir y entregar su alma á Dios.

Entre tanto suplica le lean á trechos las máximas y sentencias de los Santos de mes, que tenía pegados cuidadosamente en un cuaderno, y él va haciendo sus pausas y consideraciones devotas hasta pasada la media noche, en que pareció querer descansar.

A las cuatro (día 12) rompiendo el reposo llamó al enfermero y le dijo: *El P. Rector procura pedir á Dios mi salud para bien de nuestra provincia; creo que no saldrá con su pretensión.* No había bien acabado de hablar, entró el P. Cepari; y como le notificasen que iba de mal en peor, le mandó que suplicase con instancia se le alargase la vida si había de ser de más servicio de Dios. Inclínó la frente el manso joven y se puso en oración. El Padre trajo á la memoria unas sentencias muy consoladoras que en los maitines había rezado, y le indicaban que si moría no pasaría por el purgatorio; á esto respondió: *Si será, así lo espero yo también por los merecimientos de la Virgen Santísima;* y repetía una de aquellas sentencias que era esta: *puer meus, noli timere; libera bo te de manu pessimorum,* prosiguiendo después en estos tiernos afectos: *¡Oh María no me dejéis burlado; vos que nunca me habeis faltado; porque yo soy hijo vuestro y sabéis que he jurado serlo hasta el último aliento!* Para probar que no ponía duda en la protección de María, al Hermano Oliva, que le apuntaba razones para animarle á confiar, se le mostró agraviado en su confianza filial, y así le dijo con entereza: *No crea, Her-*

mano, que estoy fluctuando; no, no; no me cabe duda, Hermano Oliva ¹.

El jueves de mañana volvió el médico Bagnarea; al verle Juan comenzó á decir: *Nos vamos, Señor, nos vamos (imus, imus).* Recetóle una medicina como vislumbrando alguna esperanza de mejoría; pero ni el enfermero ni el enfermo concibieron ánimo, aunque la orden del médico se ejecutó ². Preguntó al Hermano Ballerati si opinaba que moriría hablando; respondióle el Hermano que sí, atendida la índole de la enfermedad; pero después, al oír á otros razonar sobre lo mismo, les certificó que moriría con los sentidos expeditos, porque de dos gracias que había suplicado á Dios, ó de perder la vida ayudando á los soldados que peleaban en la guerra de Flandes, ó de acabar en la cama con habla, tenía para sí por cierto que habría alcanzado esta última ³.

III



primera luz corrió por toda la casa la voz de que el enfermo había comunicado y declarado el término de su vida; rumor que cundió luego, y tomando cuerpo bajó á oídos de los de fuera y trascendió y puso en congoja á muchas personas de calidad, que deseosas de ser testigos de aquel suceso fueron llegando durante todo el día á la cama del enfermo ⁴. Comenzaron á subir personas

1 Proc. rom., pág. 469.

2 Proc. rom., pág. 519.

3 Proc. rom., pág. 575.

4 Proc. rom., pág. 381.

de todo viso á informarse de la verdad y á entretenerse y recrearse con su presencia. Diéronle parte del concurso de visitas; dejólas él al juicio del P. Rector, que por no darle pesadumbre creyó más conveniente negar la entrada á quienquiera ¹, y para comprender debajo de un entredicho á propios y á extraños mandó fijar un aviso á la puerta de la enfermería con prohibición de visitas sin su expresa licencia.

Pero más pudieron que su prudente resolución las instancias de personas calificadas, como fueron, entre otras, el Ilmo. Angel Cesi, hijo del Duque de Acquasparta; Jerónimo Martelli, gran bienhechor de la Compañía; Francisco Gavotti, estudiante de retórica; quienes dieron por bien empleadas las diligencias hechas para salir con su intento, porque estaban suspensos en profunda admiración al contemplar la serenidad de aquel semblante, y dejaban correr lágrimas sosegadas al oír sus fervorosos sentimientos, y más cuando les aseguraba que rogaría por ellos en la gloria ². Reunidos en pelotón un sin número de Hermanos de casa rondaban la puerta explicando con lengua muda las ansias de ver levantado el entredicho del Padre Rector. Hiciéronselo presente al enfermo, como interesándole para que interpusiera su voto. Con este ardid no le quedó al P. Ceparí mano ni boca para oponerse; y habida licencia, acudieron todos por su orden á gozar del consuelo y edificación de los postreros momentos.

Los nuestros que le visitaron en estos días, y en esta última tarde en particular, unos lo hicieron de pasada, otros más de asiento; algunos hincadas

¹ Proc. rom., pág. 570.

² Proc. rom., pág. 572.

las rodillas recibían sus abrazos, otros mudos con el sentimiento y veneración escuchaban sus consejos; todos llevaban de la entrevista avisos y ejemplos de levantada perfección. La devoción á María, la oración y la observancia regular eran los tres capítulos que por vía de memorias dejaba más encomendadas á los que rodeaban su lecho. Una novedad hizo impresión y fuerza en los presentes por muy extraña y nunca vista en el Hermano; y fué, que con ser él de suyo encogido y humilde, echaba sensiblemente tales rayos de majestad de toda su persona, y de los ojos tan vivo fuego, y de la voz un tono de autoridad tan imponente, *tanquam auctoritatem habens*, dice el P. Ceparí ¹, que sin discrepancia recibían con gran veneración sus palabras, cual si la voz de Dios sonase en sus labios, y en esto acabaron de entender la mucha gracia y virtud que el Señor en su persona había resumido y entrañado.

Los razonamientos, ocurridos entre él y los Padres de Casa, no todos han llegado hasta nosotros; pero por la substancia de los que duran en la memoria podrá rastrearse el tenor de los demás. Al P. Juan de Lugo, como queda dicho ², prometió que pondría todo esfuerzo en el despacho de un grave asunto que traía entre manos y le había encomendado. Al P. José Cappocci le encargó procurase defender con su pluma, hasta verter la sangre si fuera menester, el misterio de la Inmaculada Concepción ³. Al P. Andrés Eudemon rogó que escribiese contra el hereje Calvino ⁴. Al P. Ferrari recomendó que honrase á nuestros

¹ *Vita*, parte III, § v.

² Lib. III, cap. IV.

³ Proc. rom., pág. 415.

⁴ Proc. rom., pág. 501.

beatos (santos) y diese á conocer sus virtudes ¹. Al P. Piccolomini le aseguró que impetraría á sus discípulos la devoción de la Virgen Sacratísima. Al P. Finetti le aconsejó velase en el cuidado de las cosas temporales del Colegio Romano. A otros, como á Jerónimo Longino, á Angel Ferretti, á Van Aelst, á Marco Antonio Doria, les suplicó con humildes instancias ofreciesen oraciones y penitencias por él ². A Luis Espínola dejó muy encargada la devoción á la Madre de Dios ³. Todos estos avisos y encargos apenas entendían ellos cómo podían ocupar su pensamiento; pero más extrañeza les causaba el dulce ascendiente que en ningún tiempo había dominado en su persona con tanta soberanía como en esta última tarde.

Instábale el Hermano Espínola que le alcanzase del Señor el buen logro de algunas gracias allá en el cielo: y como le apremiase que no lo echara en olvido, respondió el santo: *Lo que digo se cumplirá (omnino ita erit)* ⁴. No parecía sino que nuestro Señor le había infundido el espíritu de San Luis, su angélico modelo, de quien sabemos que estando en las puertas de la eternidad aceptaba todos los cargos que le encomendaban para el cielo, y se ofrecía á darles buen cobro: de forma que el aposento de Berchmans, como el de Luis, más que estancia de enfermo semejaba agencia de despachos para la otra vida.

Cosas más admirables aún se descubrieron en él. Angel Ferretti, entró á verle esta última tarde: saludóle el moribundo, y haciéndole sentar junto á sí, oía con atención los deseos que el sencillo es-

1 Proc. rom., pág. 461.

2 Proc. rom., páginas 446, 437, 481.

3 Proc. rom., pág. 383.

4 Proc. rom., pág. 383.

colar le comunicaba de seguirle en su dichosa jornada. *Hermano Angel*, contestó él, *mi Hermano me seguirá á no dudarlo, muy pronto: sí, pronto, no desconfíe*. El tiempo vino á confirmar en breve la predicción; Ferretti pasó á mejor vida después en el mismo aposento y cama del Santo ¹. A otro que procuraba imitarle en la devoción á María, le dijo al abrazarle: *Vamos, no veo qué más pudiera mi Hermano hacer, pues es hijo de María; ande, ser devoto de María es bastante recomendación* ².

Atento á la intimidad fraternal entre Berchmans y el joven húngaro que otras veces dijimos, no era razón se le fuera por alto al enfermo el ansia de su amigo Nicolás. A eso de las siete mandóle llamar, y pasó entre los dos el razonamiento que por menudo el mismo Radkai refiere con estas palabras:

“Juan me miró cariñosamente diciendo: *véngase aquí, querido Nicolás, á despedirse. No nos hablaremos más en este mundo. No le dé pena; que si mucho le amé en la tierra, es justo le tenga más amor allá en el cielo*. A esto le contesté suplicándole me ayudase, y alcanzase de la Virgen estas dos gracias: el don de castidad y el espíritu de la Compañía. Quedó un rato pensativo, alzó los ojos al cielo, y poniéndolos después en mí, exclamó: *Sí, carísimo Nicolás, le impetraré el espíritu de castidad, espíritu de oración y espíritu de mortificación*. Con esto me dió dos abrazos, y parecía decirme adiós. Pero yo, que no pensaba dejarle tan pronto, añadí, que, pues me había ofrecido su mediación, me tuviese en la memoria para

1 Proc. rom., pág. 446.

2 Proc. rom., pág. 375.

poder defender con honra las conclusiones de filosofía. *Si, dijo, le tendré presente, y mi Hermano verá qué bien le saldrá todo.* A la verdad, el feliz suceso fuera de Dios y de la Virgen á su intercesión se le debe...

„Después le pregunté si era cierto que moriría el día siguiente. A esto guardó por un rato silencio, y luego echándome una mirada de confianza, con voz clara y persuasiva me dijo: *Moriré mañana sin falta, y por la mañana.—¿Podré estar aquí presente?—Si, procure estar aquí—* y dándome otro abrazo me dijo el último adiós. Yo aquí le pedí la bendición. Azoróse en gran manera: no insistí con menos empeño, haciendo fuerza en la razón de nuestra antigua amistad y recíproca confianza. En fin, después de batallar con su humildad, ya que estábamos solos, por no dejarme descontento levantó entrambas manos y me bendijo dos veces. Dióme al despedirme las gracias por el relicario de nuestros beatos que le había prestado, y me rogó se lo dejase todavía, que le serviría de consuelo y fortaleza hasta la última hora ¹..”

Hasta aquí Nicolás Radkai, cuya sencillez respetuosa arrancó al humilde amigo una acción que pudiera tacharse de atrevida, si no constase que su santo modelo Luis Gonzaga, en caso parecido, no reparó en echar la bendición al P. Luis Corbinelli, anciano venerable, que para mayor consuelo se la pedía. A nuestro enfermo que había leído este rasgo de inspirada caridad, no le sufrió el corazón dejar defraudada la confianza del devoto amigo.

Por lo que en este día pasó y va declarado, pue-

¹ Proc. rom , pág. 489.

de inferirse la naturaleza de la tumbra que ilustraba su mente. Anunció que Angel Ferretti vería presto el término de su carrera mortal, al Hermano Radkai certificó que él propio moriría en la mañana siguiente, al P. Van Doorne señaló más concretamente la hora antes de tocar á clase, á los PP. Cepari y Piccolomini aseguró que se hallarían á su muerte, á varios de los presentes afirmó que acabaría con la palabra en los labios. La luz con que predecía cosas por venir pendientes de la divina voluntad, indicaba en él una gracia particular, la más extraordinaria tal vez que hasta el presente hemos podido descubrir en toda su vida. Sin embargo, no eran estas predicciones profecías verdaderas, según la doctrina enseñada por el P. Suárez ¹, si bien presentaban claras señales de instinto profético.

¹ *De Fide*, disp. VIII, Sect. IV.

